

La capilla de Las Veras

El Nacional, 1958-10-04.

Esas corcovas de cerro que rodean la meseta de Barquisimeto son alucinantes. Semejan un apretado rebaño de camellos gigantescos, con sus jorobas peladas y casposas secas al sol. No queda una sola casa subida a la montaña; las áridas y quietas espaldas de cerro las han ido desmontando con un largo cerro de hambre y sed.

Encima de esos cerros no se da nada.

Para conseguir una mata hay que bajar a los valles, donde la poca agua que cae se empoza el tiempo suficiente para que los cujíes (que son los árboles-camellos de estos semidesiertos de Falcón y Lara) se tomen a tragos apremiantes la que les llega muy de vez en cuando.

Por eso choca tanto la fábrica gótica que aparece cabalgando en una de esas jorobas de cerro que dominan la carretera trasandina, a unos diez kilómetros de Barquisimeto hacia Carora.

-2-

Es una tiesa construcción de ladrillo, sorprendentemente erguida en este peladero donde las casitas se agazapan para hurtar su cuerpo al viento. Parece una miniatura de castillo medieval desafiando a la topografía y a la época.

La fábrica parece detenida cuando le iban a añadir un ala, porque tiene a un costado un muñón de ladrillo que sugiere esta intención, y en su lugar existe un pequeño cobertizo provisional de muros de bahareque. Desde la carretera se divisa algo que flamea al sol frente a la puerta. Es un trapo blanco. ¿Qué puede haber en esta extraña construcción que despliega una bandera de paz en su entrada?

Salimos de los pies ligeros y limpios del asfalto para timar un camino de tierra que protesta con nubes de polvo tan blancas y tan pegadizas como si fuese de cemento.

Es el mismo camino que andan tres muchachitas de alpargatas que se cubren la cabeza con unos paños de mano. Es para defenderse del sol y del polvo que arrastra el viento sobre las redondas y gastadas espaldas de los cerros, como un esmeril. No se detienen al vernos; más bien apuran el paso. En la dirección que llevan descubrimos una casita blanca, encendida al sol, con un agua de tejado larga y ondulada.

Después nos dijeron que era una escuela.

En el camino blanco de sol y polvo no se oye más voz que la del viento.

En un recodo topamos con dos palos aguantando un cartelito de madera que reza: Después de las 6 p.m. no hay paso. Capilla cerrada.

Ahora sabemos que la construcción de ladrillo es una capilla, y que hay gente que llega hasta aquí a visitarla.

Después hay un pequeño repecho de piedra y tierra blanca donde de vez en cuando se dan unas escuálidas matas de flor amarilla.

En la misma puerta ojival de la entrada hay una talla de madera que dice: *Ramón Rodulfo Leal*.

Dentro, la pieza está vacía. Sólo al fondo, detrás de un enrejado de tablas, pintado de azul, se entrevé el altar, que está situado en el cobertizo provisional adherido a la fábrica.

El viento silba tristemente en los aleros del tejado de asbesto, donde hay guindadas dos matas de sábila, "que hieden, para espantar a los murciélagos". Y entre los lamentos del viento se oyen (a pesar de la sábila) los chillidos de rata, de los murciélagos que vuelan de uno al otro lado del muro, de uno a otro travesaño del armazón de hierro.

De noche, esta ermita debe sonar como un órgano fantástico.

-3-

Simón Unda Vázquez es un larense campechano que ya anda "cerca de los 70" y hasta le faltan un poco las piernas, pero que no se lamenta de la edad ni del viento ni de la sequía.

Eso sí, "que aquí no llueve" es verdad, y también es verdad que "uno no sabe cómo dar de beber a los animalitos", y ocurre que "siembra maíz y no se le da nada", y también pasa que "la lloviznita por aquí es muy mezquina, porque lo que hace es correr la agüita sobre la tierra, que se seca ahí mismo".

Pero él no protesta por eso, porque siempre ha sido así; "esos cerros son así, blanquitos, los conozco desde que nací".

Esta razón, la de haber nacido sobre la tierra, es definitiva para la nobleza campesina de Simón Unda.

Por eso, porque nació subido a esos cerros, el viejo insiste (milagro del inagotable amor del hombre por su tierra) en que "el terreno aquí es muy bueno...; lo que le falta es la lluvia".

Me está defendiendo el prestigio de su pedazo de tierra a la ver de un muerto: "ve usted, comenzó a salir este maicito, y se murió".

Lo que todavía le queda a Simón Unda son unas ovejas y "un ganadito" (unas treinta reses) y una casa acogedora en la falda del cerro de la capilla, un milagro de matas y flores protegiendo los muros de cal que guarecen al hombre del asedio del sol y del viento que va redondeando los cerros ya pelados y hostiles de su geografía.

Simón Unda Vázquez es quien abre y cierra la puerta de la capilla del "sitio de Lourdes" que hay en Las Veras, que es un pequeño caserío muy disperso. El es que mejor nos puede dar una información.

-4-

Esta capilla de la Virgen de Lourdes, "Patrona de la carretera trasandina", nació de una promesa del señor Fortunato Arraez, un agrimensor que vivía en Barquisimeto. Los planos del proyecto, que están encuadrados y colgados en uno de los muros de la ermita, aparecen firmados por el "maestro de obras y dibujo José de la Paz Morales" en "Las Veras, sitio de Lourdes", el 27 de junio de 1927.

La idea de la capilla tiene, pues, un poco más de 31 años. Simón Unda nos dice que "los domingos por la tarde vienen a pagar promesas desde Los Andes, desde Barquisimeto y hasta de Caracas", y un Padre llega a celebrar una misa los terceros domingos de cada mes. Pero todo va despacio, con la lentitud con que a veces se manifiesta la voluntad de Dios. Es el mismo paso lento que sugiere una frase magnífica de San Francisco de Sales que figura en varios lugares de la ermita, como un lema: Todo por amor, nada por la fuerza.

Las cosas del amor suelen ir siempre más despacio; si hubiese sido "para el 2 de diciembre", ya eso estaba listo. Pero las cosas hechas con apuro se desmoronan antes. Y lo importante es lo que queda.

-5-

La capillita del sitio de Lourdes ha avanzado algo en estos 31 años de construcción.

Está el altar con la Virgen de Lourdes, rodeada de flores de papel, y están las dos campanas pintadas con purpurina regaladas por el Coronel Teodoro Méndez. Hay también un viejo armonium alemán con los fuelles todavía saludables, y un púlpito que es como un gran cajón pintado de marrón; unos reclinatorios y unas sillas de todos los tamaños y formas, y una caja con ranura y candado pidiendo "dádivas espontáneas para esta capilla en fábrica", escrito a mano; porque aquí todo esta costado con "dádivas y promesas". Las ventanas góticas no tiene los vitrales que están pidiendo, pero en su lugar les han colocado unos vidrios de colores.

Existe ya un Cristo de mármol "venido de Italia" que fue donado por el señor Francisco Roversi, y que "fue traído hasta la capilla por el señor Simón Suárez en su propio camión", como reza un papel pegado al embalaje.

Pero la verdadera esperanza de esta capilla está puesta en una sarta de diminutos exvotos que tiene la Virgen a sus pies, a manera de un elocuente crédito de cuantos han alcanzado favores con su intercesión.

Claro que aparte de este respaldo, Simón Unda cree que además la capilla necesita que "el gobierno le meta la mano, que es el que tiene la plata".

-6-

Fuera del refugio de la capilla, el viento que silba en los aleros de asbesto, como en una cueva, está soltando las hilachas de la bandera blanca, como si la estuviese peinando.

Hay otro trapo blanco igual en la joroba del cerro vecino indicando el lugar donde van a exponer al azote del viento al Cristo que ofreció el señor Francisco Raversi y que aún está preso entre los maderos de su embalaje.

Mientras tanto, el proyecto de capilla sigue dominando la cinta de asfalto que lleva a Carora y a Mérida, ofreciendo a los camioneros que pasan la oportunidad de prender a la Virgen de Lourdes, su Patrona, el tributo de una vela para que los proteja durante el azaroso viaje.